

EL ENCUENTRO CON JESÚS**FICHA: ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?****ANEXO III****DEL DIARIO DE JUDIT**

Betsaida, día 3º del mes de Adar.

Por fin se han acostado todos. ¡Menos mal! Creí que nunca lo harían. En esta casa no hay manera de escribir si alguien está despierto: ¿qué haces? ¿qué escribes? Tú siempre tan rara, con tus cosas... Así que para escribir tengo que esperar a que todos se hayan dormido, y a veces no lo hacen hasta muy tarde.

Pero hoy tenía que esperar. Han pasado demasiadas cosas y necesito escribir. Hacía mucho que no lo hacía; desde que me prometieron a Joel a pesar de mi resistencia, he estado triste y deprimida, sin ánimo ni siquiera para escribir. Me angustia la idea de que ya tengo mi camino trazado y que éste será convertirme en la esposa de un hombre al que no me une nada más que ese compromiso, cuidar a sus hijos y llevar su casa... Aún más que eso, me ha dejado sin aire la desgracia de Sara, que me ha separado de mi mejor amiga y que se me hace tan dura. La gente habla de castigo divino, pero no puedo entender cómo Dios, si es bueno, disfruta castigando a sus hijos. No entiendo tampoco qué es lo que Sara ha hecho para merecer ese castigo. Yo sé que intentó sobrevivir después de la muerte de su marido con la limosna de la gente, pero tiene un bebé, nadie quería contratarla y las limosnas no llegan todos los días... De todas maneras, no me lo podía creer cuando mi hermano me dijo que Sara se había ido a Magdala y que se prostituía. Sara, mi Sara, mi amiga, siempre tan honesta, tan limpia, tan dulce... viviendo en una de esas casuchas con farolillo y con todos esos viejos paseando por su cuerpo... No me lo podía creer, me negué a creerlo hasta que lo vi con mis propios ojos, una noche en que convencí a mi hermano de que me llevara allá. Y la vi de lejos: transformada, casi irreconocible, y quise hablar con ella, pero mi hermano no me dejó: ¿cómo una chica de buena familia va a hablar con una de esas?

Desde entonces Sara ha estado en mis sueños y mis pesadillas. Está siempre lejos y no puedo alcanzarla; está sufriendo y yo no puedo hacer nada, veo que se deshace y se funde, que la van partiendo, y yo no puedo apartar la mirada de su sonrisa dulce y triste...

Hoy la he visto. Eso ya hace de este día un día especial, el más especial de los días. Yo había ido a lavar la ropa, tenía mucha colada y fui muy temprano, aún no había nadie. El día era soleado y sólo se oía el rumor de los pájaros y el viento suave... Estaba perdida en mis pensamientos (no muy alegres, por cierto), cuando oí que me llamaban bajito, me di la vuelta y allí estaba Sara... una Sara distinta, más adulta, prostituta, sí, como la había visto en Magdala, pero con un brillo distinto en los ojos...

Dejé la ropa donde estaba y fui corriendo; nos dimos un enorme abrazo húmedo. Dios mío, Sara, mi Sara... Tal vez hubiera debido reñirla, mostrarme dura: "¿Cómo has hecho eso?, ¿Por qué no has pedido ayuda?", pero hubiera sido tan hipócrita... Por mucho que me duela sé que no podía pedir más ayuda que la que pidió, que yo, a pesar de todo mi amor, tampoco pude hacer más por ella, que ese es el destino esperado para las mujeres que caen en desgracia, que no tienen padres ni hermanos ni marido que vele por ellas.

Así que sólo exclamé "¡qué ganas tenía de verte!" y la apreté fuerte contra mí. Ella reía y lloraba. Luego hablamos, escondidas entre unos arbustos. Sara había ido a buscarme. No se había atrevido a hacerlo antes. "Tú sabes que yo...", me dijo, bajando la cabeza. Le cogí la mano: "Sí, Sara". "Tenía miedo de que no quisieras saber nada de mí", me dijo en un hilo de voz y sin atreverse a mirarme. Yo le apreté fuerte la mano: "Sara, eres mi amiga... eso no cambia. No tienes que explicarme nada".

Ella levantó tímidamente los ojos y nos volvimos a abrazar. Luego empezó a contarme deprisa: estaba en Magdala, al menos alcanzaba para dar a comer a su hijo, había otras mujeres como ella que la habían ayudado... Los hombres eran en su mayoría rudos e insensibles, pero había gente muy sencilla que no se apartaba de ellas como si estuvieran apestadas, gente pecadora, pero humana. Me había echado mucho de menos, pero no se había atrevido a ir a buscarme nunca: imaginaba que tal vez yo no quisiera verla y que, en cualquier caso, no podría hacerlo abiertamente. Pero había conocido a alguien y tenía que contármelo, porque desde que lo conocía no había podido parar de pensar en mí y en cuánto me hubiera gustado a mí escucharle.

"Quién es?", le pregunté. "Seguro que has oído hablar de él. Es Jesús, de Nazaret". Era cierto. Había oído hablar de un tal Jesús que andaba predicando por los pueblos. Hasta se decía que había hecho algún milagro. Natanael, un vecino de Betsaida, se decía que andaba con él. Algunos hablaban de Jesús como otro más de esos charlatanes que viven de embaucar a la gente, otros

decían que parecía un hombre que conocía las escrituras, otros replicaban que era un muerto de hambre... Era una de las noticias locales del último mes.

Yo siempre desconfío de estos predicadores itinerantes. Con la mayoría, rascas un poco y no encuentras nada más que verborrea y tópicos. Juan el Bautista me parecía un poco diferente, pero Herodes lo acaba de meter en la cárcel... Sara me dijo que Jesús era de la cuerda de Juan. Ella lo conoció precisamente cuando fue a ver a Juan, Jesús estaba allí. Me habló de una escena muy especial entre Juan y Jesús cuando él se bautizó. Y luego ellas hablaron con Jesús...

La verdad es que hace un tiempo, que Jesús hablara con prostitutas me hubiera hecho desconfiar aún más de él. Pero me di cuenta de que no podía evitar tenerle una cierta simpatía a un hombre que había tratado a Sara, mi amiga, prostituta, como una persona. Además, ¡estaba tan contenta de haberme encontrado con Sara! Así que, cuando ella me insistió en que me acercara por la tarde a Cafarnaúm, donde estaba Jesús, le dije que sí, más por volver a verla que por conocer a ese tal Jesús...

Ya había llegado gente a la fuente y volví a continuar la colada, Sara marchó sin que la vieran, y quedamos a media tarde en Cafarnaúm. Dije a mis padres que iba a pasear con mis amigas (lo que no era del todo mentira) y me puse en camino. Iba casi arrepentida de haberle dicho a Sara que iría: ¿qué tenía que ver conmigo aquel hombre? Y juntarme con Sara era una cosa, pero Sara estaría con sus nuevas amigas, y lo que me faltaba era que me tomaran por prostituta, o que mi padre se enterara de que andaba con ellas. Pero no podía dejar a Sara en la estacada, después de que se había arriesgado a volver al pueblo para encontrarme... bueno, una y no más, decía para mis adentros. Tendremos que buscar otras maneras de encontrarnos.

Llegué al punto de encuentro con Sara; ella ya estaba allí, esperándome, afortunadamente sola. Caminamos hacia el muelle, donde la gente iba congregándose al finalizar el trabajo y donde solía ir también Jesús. Sara iba parlotando: "Jesús dice que las cosas van a cambiar... ya lo verás, yo nunca he conocido a nadie como él... no le importa que le vean con nosotras; el otro día se metieron con él por eso, pero a él no le importa, no les hace caso... Bueno, aquí estamos muchos que no somos muy bien vistos, tampoco quiero meterte en problemas... pero tenía tantas ganas de que conocieras a Jesús... ¡Míralo! ahí está. Es ese moreno..."

Jesús caminaba con dos o tres hombres más y saludó a Sara. "¡Hola, Sara! ¿Cómo va la vida?" Sara le sonrió: "hola, Jesús, esperaba encontrarte por aquí, quería presentarte a alguien... Esta es Judit, mi amiga de Betsaida, te he hablado de ella, ¡hoy me he animado y he ido a buscarla! Jesús me miró: "¡hola, Judit!" Yo no sabía qué decir. ¿Pensaría Jesús que yo también era prostituta?, qué vergüenza"... Sara continuó, bajando la cabeza: "ella no es... como yo" Jesús sonrió: una sonrisa amplia, divertida y cálida: "Es tu amiga, ¿no? Y ha venido contigo, es una mujer valiente. ¿Importa algo más?" Y me miró a los ojos.

¿Cómo puedo explicarlo? Fue un momento, pero esa mirada fue diferente. Los hombres suelen mirarte juzgándote: "una buena chica, una mala chica", a veces sienten que te miran como a una vaca, calculando tu fertilidad, tu belleza, tu fortaleza, lo que a ellos les interese. O simplemente no te ven, pasan la mirada sobre ti sin detenerse: eres mujer, y, por tanto, un accesorio, importante sólo en función de tu marido, tus hermanos, tu padre. Jesús me miró y me sentí mirada, me miró y me vió, sentí que me miraba dentro, y yo también pude mirar dentro de él. Vi cordialidad, acogida, franqueza, apertura, humanidad, fortaleza. "¿Cómo estás, Judit? ¿Cómo es que te has animado a venir?" Yo le sonreí también, ¡era imposible no sonreírle! "ya ves, ¡eres muy famoso! y Sara me ha hablado tanto de ti que no he podido resistirme a conocerte. No me podré quedar mucho, pero me gustaría saber qué es eso que a Sara le ha impactado tanto". Era verdad. En aquel momento ya quería saberlo todo sobre Jesús.

Se nos iba sumando gente y todos iban saludando a Jesús. Alguno iba comentando anécdotas del día, y poco a poco se fue trabando una conversación entre todos. Yo observaba a Jesús: cómo acogía a cada uno, cómo daba una mirada distinta a los temas, cómo iba poco a poco haciendo sonar una nota de esperanza, de ánimo, de cambio. Parece tener una habilidad especial para encontrar en cada situación caminos nuevos, siempre propositivos, siempre esperanzadores. Usa ejemplos sencillos, de la vida cotidiana, de las anécdotas que la propia gente contaba, y hablaba del Reino de Dios... Habla de él como algo que ya está aquí, que hay que descubrir y cuidar. Parece que nos invita a vivir como si Dios estuviera realmente aquí y las cosas fueran como Dios quiere. Pero no parece que para él lo más importante sea la pureza, los ritos o las normas, sino las personas... Para él, el Reino de Dios es una buena noticia para los pobres: no es un montón de normas a cumplir, sino una vida mejor para todos, donde cada uno se preocupe de los demás, donde no haya prejuicios ni discriminaciones, donde el pan alcance para todos... No me extraña que la gente se pase horas escuchándole, explica las

cosas de una manera que siempre quieres saber más... que llena de esperanza el corazón.

Cuando me di cuenta, se me había hecho tarde, estaba oscureciendo y yo tenía que volver a casa. Había visto a algunos de Betsaida en el grupo, pero me había escondido de ellos, tapándome la cara, no quería coincidir tampoco en el camino. Volví con el corazón encendido, ¿quién es ese hombre? ¿qué quiere, qué está haciendo? No lo sé, pero sé que quiero saber más de él, quiero conocerle mejor. Intuyo que introduce algo muy distinto en mi vida. Tengo la sensación de que tiene algo que decirme a mí. Y me da un poco de vértigo: por una parte no me atrevo a soñar que mi vida pueda cambiar, ¡lo deseo muchísimo, pero parece imposible!, y por otra me da miedo pensar lo que puede suponer eso.

No lo sé. Pero sé que me alegro de haber conocido a Jesús. Y quiero más: quiero seguir esta pista que siento... A ver cómo lo hago, no creo que sea algo que a mi padre le guste que haga su hija pequeña... por su cuenta.

Voy a dormir, se me ha hecho muy tarde. Pero siento que hoy empieza un tiempo nuevo. Gracias, Sara, por venir a mí, gracias, Sara, por mostrarme a Jesús.